

**Hijas de la Inmaculada Concepción
de Buenos Aires**

CASA GENERAL
Roque Pérez 2750

CI430FBF. Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4542-4198 Fax: 4544-1557
E-mail: cgenfic@fibertel.com.ar

Buenos Aires, 31 de mayo de 2019
La Visitación de Santa Virgen María

Prot. 37/2019

Queridas Hermanas:

El pasado 6 de mayo, a la madrugada, partió al Cielo otra Hija de la Inmaculada Concepción: la Hna. Isabel (Dominga Acosta). Nos dejó, según expresa una Hermana que compartió con ella los últimos años, sabor a santidad, la santidad «de la puerta de al lado», como la llama el Papa Francisco. Se diría que la Hermana Isabel encarnó la Bienaventuranza de los «mansos de corazón», hecha de gestos simples y silencios serenos.

Nació en Quitilipé, provincia del Chaco, Argentina el 4 de agosto de 1926. Ingresó a nuestra Congregación el 23 de enero de 1942. Comenzó el noviciado el 1 de febrero de 1943. Emitió los primeros Votos el 2 de febrero de 1944 y los Votos Perpetuos el 2 de febrero de 1949.

Sirvió al Señor en diversas comunidades argentinas: Instituto Sagrado Corazón de Jesús (Concepción del Uruguay), donde vivió en cinco períodos diferentes; Nuestra Sra. de Nieva (Córdoba); Inmaculada Concepción (Buenos Aires); San José (Buenos Aires); Virgen del Carmen de Cuyo (Mendoza); Sagrado Corazón (Córdoba). Dictó clases en el nivel inicial y en el nivel primario; fue catequista, profesora de música y de manualidades. Se encargó de las alumnas pupilas. En las comunidades realizó distintos servicios y atendió especialmente a las Hermanas ancianas.

Transcribimos algunos párrafos de la reseña escrita por la Superiora de la Casa Madre, comunidad que integraba cuando falleció:

Recordar a la Hna. Isabel, es un gozo para el corazón. Creo que nadie que la haya conocido, puede dejar de decir: “era muy buena”. Así me lo expresó una Hermana anciana de la comunidad cuando le pregunté cómo la recordaba, y en seguida enumeró una breve lista de virtudes: paciente, buena religiosa, lindo carácter, compañera, de pocas palabras.

Amaba su vocación religiosa y su Congregación: se reflejaba en las palabras elogiosas y agradecidas hacia sus Superiores y hacia tantas Hermanas a las que profesaba un profundo respeto y recuerdo cariñoso. Nunca un reclamo o resentimiento, al contrario.

Amaba a su Esposo Divino: su corazón era profundamente religioso y piadoso. Siempre se encomendaba a Dios y a la Virgen. Su boca era un cofre de breves jaculatorias, tanto en los momentos de dolor y cruz como en las pequeñas cosas de cada día. También salían con facilidad de su corazón palabras de alabanzas y agradecimiento a Dios por todo aquello que valoraba como un don, aunque fuera muy simple. Nunca se retiraba a descansar sin decir cada noche estas palabras: “buenas noches Hermana, y gracias por todo”.

Su fervor y unión con Dios la hicieron un alma de oración intercesora: siempre prometía a quienes se acercaban a ella que rezaría por sus intenciones. Y cuando volvía a encontrarse con esa persona, le decía: “estoy rezando por lo que me pidió”. Su memoria era prodigiosa y su corazón amplio.

**Hijas de la Inmaculada Concepción
de Buenos Aires**

CASA GENERAL
Roque Pérez 2750

CI430FBF. Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4542-4198 Fax: 4544-1557
E-mail: cgenfic@fibertel.com.ar

Amaba la música y el piano: escucharla y verla tocar este instrumento, era como descubrir en cada nota que interpretaba el vibrar de su corazón alegre. Sentía cierta satisfacción por este don que supo desplegar hasta sus últimos años.

Amaba la vida fraterna: siempre participaba con alegría de los actos de comunidad y disfrutaba mucho cuando todas las Hermanas estaban en casa, sintiendo la falta de la que no podía estar o celebrando su llegada. Jamás salía de su boca comentario alguno que hiriera a alguna Hermana. Ante el conflicto intentaba llevar calma y cuando estaba involucrada, guardaba silencio y dejaba pasar, mortificándose interiormente.

El último tramo de la enfermedad fue muy doloroso, pero la Hna. Isabel no claudicó: nunca una queja, siempre entregada a la Voluntad de Dios, aun cuando ya percibía que se acercaba su hora. No tenía miedo a partir, jamás expresó que algo la molestara. Su fuerza de voluntad era edificante. El buen ánimo que tenía, dentro de lo que su débil estado le permitía, nos hizo transitar con serenidad su enfermedad; ella trataba de aliviarnos a nosotras.

Una de las señoras que nos ayudaba a cuidarla, le pedía cada día su bendición, y la Hermana con mucho fervor trazaba la señal de la cruz en su frente, boca y corazón. Este gesto se tornó un pedido casi cotidiano, también por parte de las Hermanas que la asistíamos, y ella respondía con una solemne bendición a cada una. Repitió este gesto hasta el viernes antes de partir, estando ya internada. Ese mismo día, antes de entrar en un estado más crítico, viví una experiencia inolvidable: le llevé a la clínica una estampa del Divino Rostro que coloqué en su almohada y una imagen de bulto de la Inmaculada, que tuvo en su habitación durante sus últimos cinco meses. En un momento se la acerqué y le mostré que se la había traído para que la acompañara. Enseguida estiró su mano, la tomó y fijó su mirada por unos dos minutos en la Virgen. Todo hacía sentir que entre Madre e hija se estaba dando un profundo diálogo, quizá el último en la tierra para preparar el abrazo del cielo.

Otra Hermana, exalumna de uno de nuestros Colegios, testimonia:

Conocí a la Hna. Isabel siendo alumna del Sagrado Corazón, de Córdoba. Se destacaba en ella su gran amor a la música; enseñaba piano a los alumnos del Colegio que querían estudiar en horario extraescolar. Siempre que veía un piano, se sentaba en él a deleitarnos con sus acordes.

También recuerdo con cariño el Mes de María que, como alumnas celebrábamos con la Hna. Isabel y la Hna. Irene Sas. Ambas tenían un grupo de chicas, entre las cuales yo estaba, que se anotaban voluntariamente para llevar la imagen de la Virgen por las casas y rezar el rosario durante todo el mes. Cuando llega esa fecha, siempre recuerdo con cariño estos momentos y su gran amor a María.

Nunca olvidaré su disponibilidad y los actos de amor concreto que yo misma recibí. Nunca se negaba si la necesitábamos para algo. Era muy compañera y siempre estaba de buen humor. He escuchado a otras Hermanas decir que poseía una gran virtud: nunca se la sintió hablar mal de nadie. Y es verdad, nunca la escuché murmurar ni criticar a los demás. Era realmente, una Hermana buena.

**Hijas de la Inmaculada Concepción
de Buenos Aires**

CASA GENERAL

Roque Pérez 2750

CI430FBF. Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4542-4198 Fax: 4544-1557

E-mail: cgenfic@fibertel.com.ar

Que la Hna. Isabel siga regalándonos desde el Cielo una solemne bendición,
como esas que hicieron tanto bien a quienes la rodearon.

Con afecto.

Hna. Nora Antonelli
f.c.

HNA. NORA ANTONELLI
SUPERIORA GENERAL